

Petróleo hoy y siempre

Siempre hay una filosofía para la falta de valor

Albert Camus

El petróleo es la vida del país. Sobre el petróleo se ha conformado la economía venezolana y seguirá siendo fundamental para nuestro futuro.

Nuestro crecimiento económico ha sido una constante paradoja entre una actividad económica que crece aceleradamente y el nivel de vida de la gente que decrece año a año. Esta gran paradoja debe frenarse y revertirse. El crecimiento económico sostenido es la gran expectativa sobre la cual descansa el alcanzar mejores oportunidades y condiciones de vida para la mayoría de los venezolanos, y la viabilidad política de este proceso depende del hecho natural que la gente se apropie de los frutos que el crecimiento genera y los vuelva productivos.

Insuficientes horizontes temporales

Hay signos de cambio. El gran dinamismo de la economía se está ubicando en el inversionista del gran capital. Nuevas y buenas leyes se han dictado para favorecer la competencia y la emergencia de nuevos sectores en el campo del desarrollo eléctrico, del gas, de las telecomunicaciones, de igual manera el diseño de instrumentos en la hacienda pública favorece al sector nacional en bienes y servicios. Sin embargo, no deja de preocupar, tanto la preferencia hacia los inversionistas extranjeros para eliminar así el riesgo político de su participación en las decisiones nacionales, como la búsqueda de respuestas coyunturales a la demanda del gasto público creciente.

En épocas de bonanza decae el espíritu de reformas y por problemas estructurales es previsible que la bonanza de los precios altos se mantenga por unos dos años, lo que brinda una base fiscal cómoda para el gobierno. El tipo de cambio se va a mantener para manejar la inflación y no para favorecer las exportaciones. La productividad entonces se visualiza a través del sector petrolero.

Del rentismo a la productividad.

El petróleo como fuente de ingreso del Estado es hoy sólo una fracción de lo que ayer significó y no hay base alguna para pensar que esta condición pueda cambiar. El énfasis del petróleo como recurso fiscal resultaba cómodo pues sólo exige del Estado la habilidad para distribuir la renta o la negociación con las concesionarias para incrementar el aporte de la renta. Pensar en un desarrollo sostenido a largo plazo implica reconocer que la renta no es el futuro, aunque sin la renta tampoco hay futuro. Si bien la renta fue importante para los fines de la transición hacia la modernidad, ella es insuficiente y en algunos casos una barrera para el proceso social integrador y dinamizador de la capacidad productiva vinculada a la producción petrolera. Hoy se sabe que para producir un barril de petróleo se requiere de esfuerzos productivos a lo ancho y largo de la estructura económica en inversiones, tecnología y conocimientos, empleos, gerencia entre otros. Esta es la cara dinamizadora y productiva de la economía no petrolera. Ante esta realidad, el Estado no puede asumir la urgencia de masivas inversiones ni el concurso de complejas tecnologías. El futuro económico de Venezuela no puede ser asunto exclusivo del Estado.

La redimensión del Estado

La expansión de las posibilidades económicas tiene que acompañarse del acceso a bienes y servicios fundamentales que eliminen progresivamente la inequidad creciente. Ello exige un Estado eficaz en sus gastos. El Estado venezolano es inmensamente grande y al mismo tiempo pequeño, ineficaz e insuficiente. Sus dificultades presentes no son sólo un problema administrativo. Por el contrario es necesario entender que el Estado se constituyó sobre la posibilidad de sustentarse en unos recursos propios o al margen de la contribución fiscal de los ciudadanos, etapa históricamente concluida. Son otros tiempos y otras instituciones. El sentido económico de los nuevos tiempos demuestra que el Estado ha dejado de ser el distribuidor de un ingreso propio para convertirse por la vía impositiva en

un captador de los ingresos de unos para dirigirlos en beneficio de otros. Redimensionar el Estado pasa por una de las tareas más difíciles y complejas, como es reducir la fuerza laboral para desahogar la rigidez del gasto y aumentar la inversión.

La inversión privada

A lo largo de los últimos veinte años la inversión privada ha sido declinante. Se han ensayado diversas políticas: fuertes subsidios, bajas tasas de interés, altos niveles de protección, mínima presión impositiva, controles cambiarios beneficiosos para insumos y también se han tenido tendencias opuestas. Al final, los resultados indican que nada ha cambiado.

Si la inversión privada no se realiza corresponde al Estado impulsarla decididamente. La carencia de vitalidad tiene mucho que ver con la ambigüedad de siempre en relación con los ámbitos de acción del Estado y de los particulares. El gran tema de la política económica obliga a la apertura de los espacios económicos tradicionalmente reservados al Estado de manera que en ellos pueda volcarse la energía de la inversión privada nacional y foránea. El difícil retorno de los capitales pasa por entender que la inversión nacional esta cimentada en una inversión de arraigo y visión de largo plazo, mientras que las inversiones foráneas indispensables, como son, se enmarcan en el rendimiento máximo a corto plazo. Dos dinámicas que debieran ser complementarias en un desarrollo sostenible, pero nunca excluyentes.

El problema de fondo: tamaño del Estado

La falta de visión de asumir y discutir la rentabilidad de la actividad no petrolera ha generado varias consecuencias: por una parte la inversión pública se ha realizado a costa de los bajos salarios y hoy en día, ante la depresión del mercado de trabajo, resulta ser un terremoto hablar de redimensión del Estado en su punto clave: el peso del empleo público.

El problema tiene dos caras que requieren ser vistas en su conjunto. Nuestro objetivo de largo plazo es el

desarrollo sostenido y en el corto plazo es la necesidad de equilibrio fiscal con mínima inflación. Entre ambos surge el imperativo de crear empleos productivos. La asociación de ambos objetivos en un conjunto de políticas obliga de manera impostergable a la transformación de la economía rentista agotada hacia una economía productiva. Discurso que hasta hace poco formaba parte de nuestro léxico cotidiano, pero que la bonanza petrolera ha desdibujado.

Visto así, el largo plazo precisa de la formulación y puesta en marcha de una economía petrolera destinada a la economía no petrolera.

En cuanto al equilibrio fiscal por el lado de los ingresos tenemos los tributos y en gran parte todo el problema de eficiencia de la recaudación y equidad de los mismos, sobre el cual se puede discutir dentro de límites específicos. Pero el gran dilema es la incidencia de los gastos para garantizar dicho equilibrio y allí tocamos un problema de fondo: la dimensión del empleo público. En Venezuela el empleo público fue un mecanismo eficaz para la distribución de la renta, perfectamente enmarcado en el capitalismo rentista. A partir de 1970 comienza a marcarse el desequilibrio alcanzando, ya en 1994, un excedente del 263 por ciento. No hay manera de generar tributos para cubrir este gasto ni con las mejores reformas tributarias, hay que trazarse la tarea de desahogar el tamaño del empleo público y "comprar 800.000 puestos de trabajo en un lapso de 10 a quince años". Esto significa que van a salir progresivamente a la calle personas con recursos que tendrán que insertarse en nuevas oportunidades, que requerirán ser acompañadas con opciones de inversiones masivas y atractivas. Cuando se habla de tierras en Apure eso no lo quiere nadie. Para abrir los espacios no busquemos demasiado lejos, allí está el petróleo. Con conciencia hay que diseñar que la actividad productiva tenga la mirada puesta en la economía no petrolera. Vamos a jugar al petróleo y no a la cara fiscal.

Si queremos controlar la volatilidad tenemos que flexibilizar el gasto y asumir el problema de la rigidez del tamaño del Estado.

¿Qué hacer con la pobreza creciente?

No podemos pensar que porque se crezca un año se van a tener los recursos para financiar la seguridad social que requiere todo un proceso de maduración y que es crucial para abordar el problema de la desigualdad y exclusión. Es indispensable una economía social productiva para enfrentar la pobreza. En la seguridad social hay que repensar los orígenes de los fondos públicos, en el presente desbarajuste fiscal el capital semilla para su desarrollo tiene que proceder de la propiedad pública y en nuestro caso muy vinculada al petróleo. Entonces, corresponde al Estado promover las condiciones para movilizar la inversión pública especialmente en infraestructura y vivienda que como generadores de empleo a corto plazo permitan aliviar la condición de vida de la mayoría de los venezolanos, sin perder de vista que la solución de la pobreza es el desarrollo social sostenido. De lo contrario, estaríamos poniendo la carreta antes de los caballos.

Pensemos que los altos precios petroleros nos generarán unos 20.000 millones de dólares adicionales, que no son otra cosa que US\$3 diarios o "una reina pepiada" por habitante. ¿Significa ello una riqueza permanente?

Tengamos el valor de luchar por el futuro.

